

Sección Bibliográfica

silencio es suplantado por un zumbido molesto constante, el sentimiento de lo sublime lo reduce, siendo esto igual que despojar a lo sublime de su sublimidad y, por supuesto, roba la esencia y el fin de todo lo que existe transformándolo en ingrátido. La Tierra es sublime, pero nuestro respeto hacia ella ha desaparecido convirtiéndose en una posesión egoísta.

Por ello, el autor pone en manifiesto esa espiritualidad y respeto evocadas por el cuidado y la contemplación hacia la Tierra, porque sin estos, el ser humano perpetuaría su destrucción, además de la propia. La loa dedicada de Byung-Chul Han es el resultado de todas las descripciones anteriores que ha realizado sobre la sociedad, en la que manifiesta, inteligentemente, la necesidad de que se retorne de nuevo a esa veneración mediante la doblemente resaltada apelación a la infancia, la etapa que nos construye más empíricamente y nos relaciona con ese sentir corporal de la Tierra.

Alba Martínez Hermán
amherman3@hotmail.com

* * *

José Domingo Vilaplana Guerrero, *El pensamiento de Camilo José Cela. De su génesis a su madurez*. Madrid, Editorial Manuscritos, 2019.

Al finalizar la lectura de la obra que nos presenta José Domingo Vilaplana el lector tendrá la impresión de que el universo literario y personal de Cela, complejo, singular y exigente, se habrá hecho mucho más cercano y de que las ideas rectoras que, como savia enriquecedora, recorren la temática de sus obras habrán sido objeto de un intenso y apasionado, a la vez que lúcido, trabajo de exploración e interpretación. A partir de los textos de la variadísima y prolífica obra del escritor gallego, que abarca libros de memorias, novelas, artículos periodísticos, teatro y poesía, además de entrevistas, el

Sección Bibliográfica

autor busca articular su pensamiento y mostrarnos una interpretación razonada y coherente de lo que en alguna ocasión Cela llamó “su pequeña filosofía” (p. 21). Pensamiento significa aquí desarrollar intuiciones o elaborar concepciones que aborden las preguntas esenciales y existenciales que brotan en el ser humano y que en Cela aparecen con una ineludible necesidad de respuestas porque habrán de operar de bálsamo ante el dolor y la conciencia de fracaso. En este sentido su obra tendrá una marcada vertiente terapéutica. El autor muestra una amplia e intensa lectura de la obra celiana, cuyo análisis y comentario, prolijo, detenido, perspicaz, ávido de sentido y hasta de coherencia, solo es posible con una familiaridad largamente trabajada, como un poso de lento y sólido sedimento, con el universo literario de Cela y con la extraordinaria personalidad que permitía adivinar su obra. Aunque Vilaplana no hace referencia a sí mismo a lo largo de las más de cuatrocientas páginas del libro, la intensidad de su estilo, la ambición temática de su trabajo, que quiere hacer aflorar todo Cela, en todas sus versiones, deja en el lector el reconocimiento de una íntima afinidad, de ecos de mundos compartidos entre el autor y Cela. Es el propio autor el que define el libro como un “encuentro de subjetividades” (p.13). Esto le da a este estudio una notable fuerza de problematización de cuestiones compartidas, de exploración minuciosa e independiente, libre de deudas académicas o de afanes de objetividad literaria o filológica, de los textos de Cela a la búsqueda de las claves identificativas de su obra, de su pensamiento y de su vida que, en el caso de Cela, son lo mismo.

La idea matriz que preside el libro es que el autor está inevitablemente en su obra. Es decir, aquello que conforma al autor, su temperamento, su carácter y su pensamiento, ya sea como una disposición congénita o el resultado de avatares biográficos y experienciales, ya sea patente a la conciencia o latiendo en un magma inconsciente, supura en su obra y le da forma y contenido; de hecho, la obra puede ser, desde esta perspectiva, la mejor vía de acceso al autor. En el caso de Cela, como con gran persuasión nos muestra Vilaplana, el vínculo entre el autor y su obra es tan estrecho

que el yo-autor y su producción se vuelven “realidades entre sí convertibles” (p.15). Mostrar hasta qué punto esto es así y también cómo en esta interpretación de la obra celiana afloran otros problemas vinculados a la escritura, como la razón misma de escribir, la carga de ficcionalidad que impregna una obra tan autorreferencial como la de Cela, o la particular presencia en sus novelas de la doble entrada del autor consciente y del *autor inconsciente*, esencial para comprender el vertido que hace el escritor en su obra, dan una idea de la complejidad y, de igual modo, de la apasionante dificultad a la que se enfrenta el autor de este trabajo.

El libro consta de dos partes bien diferenciadas engarzadas por un interludio. La primera parte, dedicada a indagar la peculiar personalidad de Cela y a comprender por qué inevitablemente se hace escritor, contiene un acercamiento patográfico al Cela niño en el que se rastrean las notas de dolor, temprana conciencia de fracaso, inadaptación a la sociedad y férrea voluntad de autoafirmación ante un mundo hostil. La “forja del escritor” Cela va abriéndose paso en esta parte a través de una minuciosa lectura de sus dos libros de memorias, *La rosa* y *Memorias, entendimientos y voluntades* y de una inevitable dosis especulativa acerca de la psicología infantil y la expresión de sus conflictos. Y, efectivamente, Vilaplana, con sagacidad, pulso clínico y una notable capacidad de penetración en los resortes más profundos de la personalidad en formación del escritor gallego, consigue que el lector comience a hacerse cargo de la forma visceral y vocacional, de ineludible necesidad y de auto-salvación en que se presenta la escritura para Cela. Sus primeros pasos de escritor fueron en la poesía, que brota de esa fuerza de la necesidad y cuya condición de poeta tiene ya la marca de la negatividad que veremos a continuación, pues “surge como flor de un fracaso, como resaca de una frustración, como envés de su ineficacia profesional, como presente de un sujeto sin futuro” (p. 104). A través de la escritura desarrollará Cela una identidad, se afirmará a sí mismo y emprenderá una búsqueda agónica de una verdad para sí en la que redimirse y conjurar su dolor. El tema del dolor es esencial para comprender la génesis del escritor Cela. Recoge Vilaplana estas significativas palabras del propio

autor: “Se escribe en trance de amargura, en instante de dolor, en el minuto que precede a la desesperación o al hastío, esa maldición de Dios que es peor que la desesperación, mucho peor que la desesperación” (p. 89). Las fuentes del dolor que se nos muestran son diversas, pero engarzadas en la compleja personalidad del niño Cela dotado de una conciencia temprana de inutilidad, de desajuste con el mundo y de sinsentido de la existencia. Conjurar el propio dolor y proveerse de una identidad es una cuestión que recorre transversalmente el estudio de Vilaplana y es una luminosa clave para palpar un Cela auténtico que se desdobra en sus múltiples personajes y para superar miradas superficiales de su escritura más deudoras de la imagen pública que el escritor gallego se cuidó de construir que de la lectura atenta y desprejuiciada de su obra. En este sentido, este ensayo es una valiosísima y necesaria aportación para conocer desde un contexto más clarificador la razón de ser de la obra de nuestro último Nobel y la naturaleza de sus ideas, recogidas por el autor bajo los tres pilares de Hombre, Mundo y Dios, que de modo recurrente, desordenado y más en estado latente que patente van mostrándose a lo largo de más de cincuenta años de creación literaria. Y aquí se halla otro de los retos a los que hace frente Vilaplana, que es poner en pie la tesis de una línea coherente, una marca de fábrica perdurable que otorga una “unidad de fondo, una constancia en lo esencial” (p. 460) a la literatura de Cela, a pesar de la variedad de estilos, técnicas narrativas y lo inclasificable de su obra. Porque defiende el autor que lo que Cela piensa, las verdades que intuye, las concepciones de los temas existenciales que pueden rastrearse en su narrativa están ya, más o menos conscientemente captadas, desde muy pronto. Y el género en el que mejor cabida tiene la singular expresión de su pensamiento es la novela. A dar razón de esto dedica el autor páginas notables en las que va tomando cuerpo la concordancia entre el escritor vocacional, independiente y egocentrado y la novela, género libre, sin corsés, en el que el autor puede *ficcionarse*, recrear su más íntima verdad a la vez que jugar al fingimiento. Fingir, o esconderse, en realidad, es también un rasgo permanente de la forma en que el sujeto Cela se vierte en su obra, y del que Vilaplana avisa convenientemente al lector.

Sección Bibliográfica

El fingimiento es una forma de salvaguardarse, pero también un modo de retar a la sociedad, de jugar a sus reglas del éxito social y ganar. Esto queda de manifiesto en el interludio entre las dos partes del libro, en el que se nos ofrece una muy fértil dicotomía entre el Cela íntimo, cercano al vagabundo, al antihéroe y el Cela público, que se muestra como héroe ante la sociedad, es decir, como un triunfador que acepta el juego de la notoriedad y las convenciones sociales. El libro es una persecución del Cela íntimo en el que hay marcas de antiintelectualismo, marginación social, nostalgia de lo natural frente a lo civilizado y primitivismo, en una exaltación de la libertad. El precio de este vagabundeo es la soledad, la ausencia de esperanza y, en cualquier caso, aunque se acepten las servidumbres de la civilización, el fracaso. El Cela íntimo se deja vislumbrar en los libros de viajes y las novelas, en las que el autor se sumerge para abordar con intensidad y sólido pulso narrativo el pensamiento de Cela.

La segunda parte del libro indaga el cuerpo temático de su obra, manifestado en asuntos como la muerte, el sexo, la ternura, el sufrimiento, la violencia, la caridad y el amor, que quedan trenzados en la esencial cuestión del sentido de la vida. Como ya se ha mencionado, el autor compendia estos temas en torno al Hombre, el Mundo y Dios. Las ideas que el Nobel expresa en su obra narrativa sobre estos tres ejes temáticos nacen del modo en que Cela se ve a sí mismo. La autorreferencialidad de la obra celiana no puede perderse de vista si queremos sacar todo el jugo del enorme esfuerzo interpretativo que Vilaplana despliega para hacerse con las más personales y auténticas ideas de Cela. Ahora bien, el vertido de sí mismo que hace Cela en su obra desde la primera página es de tal calibre que la escritura da forma y sustancializa al autor y llega a darse “la conexión o solapamiento vida-obrapensamiento” (p. 461), lo cual plantea, en consecuencia, el espinoso problema de la ficcionalidad, tanto en el forjado de la identidad del autor como incluso de su pensamiento. Esta cuestión es esencial y condiciona todo ejercicio de exégesis del escritor gallego.

Un primer y necesario paso para esclarecer el perfil de pensador de Cela es ocuparse de sus raíces intelectuales. Aquí aparece la generación del 98

como telón de fondo y, de cuya inspiración Cela va a obtener el trazado de su obra y un programa que el autor no duda en calificar como vital y ético-moral. Es de resaltar lo enriquecedora que resulta la afinidad entre Cela y Unamuno a propósito de la función de la novela como forma de conocimiento, como depositaria y manifestadora de una verdad individual inaprensible para la razón o la ciencia, pero con impulso de universalidad. Las reflexiones que sitúan a Cela y Unamuno en el mismo carril creativo completan y confirman las anteriores pesquisas sobre la novela como el molde adecuado para expresar la singularidad de un yo-Cela fundido con su obra, pero que busca la complicidad del lector, es decir, que la verdad del Cela íntimo pueda ser compartida. Dicha verdad no puede ser explicada, ni puesta negro sobre blanco en un alarde de transparencia. Es la verdad que navega por el inconsciente, que brota del instinto y que Vilaplana llega a describir como una “búsqueda a ciegas” (p.462) en la que pensamiento y escritura se mimetizan y, nos atreveríamos a afirmar, en la que la escritura mueve al pensamiento. La indagación de lo que Cela piensa del hombre, o del mundo o de Dios ha de tener en cuenta lo anterior para trenzar desde las múltiples voces y referencias a esos temas en sus novelas un pensamiento que manifiesta una sorprendente fidelidad a las primeras intuiciones del escritor, aunque pueda aparecer de forma inarticulada o bajo arriesgados cambios de registros estéticos o de estilo.

La parte más extensa la dedica Vilaplana a rastrear la concepción celiana del hombre, que no es otra que la concepción que tiene Cela de sí mismo. La visión de conjunto es dura, sombría e inquietante; el hombre aparece como un animal lastrado, incompleto y errático, abocado a un escepticismo insuperable y que se presta a la farsa de la civilización por conveniencia, renunciando a su libertad en un juego de fingimientos, que es la expresión de la humillada y vil condición humana. Esto da una idea del íntimo conflicto de Cela consigo mismo. La antropología existencial de Cela es expuesta por el autor en un sólido y fértil recorrido cronológico por sus novelas desde *La muerte de Pascual Duarte* (1942) hasta *Madera de Boj* (1999) en el que se pone de manifiesto tanto la constancia esencial en la

música de las ideas de Cela como las variaciones sobre la partitura que no alteran la melodía principal. El hombre aparece con tintes rousseauianos, como víctima de una inocencia mancillada, pero con una intensidad trágica mucho más acusada. Fatalismo y soledad circundan la vida humana. El fatalismo es el resultado de un orden previo de la realidad, un orden geométrico, determinista, inaccesible al conocimiento, pero presentido. Este es un elemento esencial en la metafísica de Cela, muchas veces referenciado por el autor, pero que se separa de cualquier lectura intelectualista, en la línea del estoicismo, por superar esa ley rectora de la realidad cualquier expectativa de conocimiento humano. En consecuencia, el hombre vive en la ignorancia y el autoengaño, sumergido en la confusión y envilecido en el trato social, que es el juego de fingimientos que explota con toda conciencia el Cela público. El hombre es más auténtico en soledad que en sociedad, es más sano si no piensa, es decir, si no problematiza la vida y permanece en la inconsciencia feliz y primitiva simbolizada en las novelas por el loco, el niño o el vagabundo. Por contra, el hombre enfermo es el que produce ideas, el que representa la civilización, escenario de la farsa humana para Cela. Especialmente interesante de entre los comentarios que lleva a cabo Vilaplana de la obra narrativa de Cela en busca de su concepción del ser humano es el correspondiente a *La colmena*. Aquí se muestra una visión marcadamente distinta de la que el canon literario le ha atribuido a una de las novelas más famosas del escritor gallego. Alejándose de la interpretación unánimista de *La colmena*, esta novela representa para el autor una manifestación existencial del hombre enfermo al que hemos aludido más arriba, una expresión del mal al que nos aboca la vida *civilizada*: fingimiento, delación, impotencia, incomunicación, negatividad. Inautenticidad, en definitiva. La degradación humana mostrada en personajes “ontológicamente incomunicados” (p. 263) queda diluida en *La colmena* en la rueda de lo cotidiano y pequeño, como esos personajes de la caverna platónica que compiten adivinando sombras.

En la compleja tarea de exploración de la idea del hombre en Cela, Vilaplana encuentra en *Oficio de tinieblas*, 5 una *obra bisagra* en la que lo

humano aparece en su forma más vil y humillada, en su versión más desesperanzada y derrotada. A partir de aquí percibe el autor que Cela busca en las sucesivas obras hasta *Madera de boj* narrar en múltiples voces miméticas, renunciando al juicio moral y al relato causal, el incesante flujo del vivir, ceremonia de confusión y escepticismo para el hombre, pero deudor de un orden oculto, geométrico, de causalidad innaccesible, del que tiene nostalgia como contrapunto al caos argumental de la vida humana. En este sentido el autor, con una aguda y lúcida interpretación, manifiesta que la voz narrativa de Cela, fragmentada en múltiples perspectivas que no trenzan en hilo argumental alguno, se sitúa en la frontera desde la que el caos permite adivinar la ley causal infiltrada en la realidad humana. Las repeticiones y salmodias presentes en la narrativa celiana son un testimonio de la forma de expresión de ese orden. De nuevo, frente a apreciaciones ya clásicas de la crítica literaria acerca de la narrativa de Cela, como la de que se echa de menos un hilo argumental en sus novelas, el autor toma otro camino e interpreta los recursos técnicos y estéticos que Cela integra en su narrativa como elementos activos en la expresión de su pensamiento. En *Madera de boj*, su última novela, Vilaplana percibe la culminación en Cela de un proceso interior cuya manifestación se acerca más al lirismo que a las formas truculentas y violentas de obras anteriores. Dicho proceso se abre a la idea de aceptación de lo que el mundo y el hombre son. Efectivamente, como avanza ya el autor, hay un senequismo acusado en esta visión, un tributo, quizás, a la ancianidad, que queda plenamente reforzado cuando la libertad, ese ingrediente de tan difícil encaje en un mundo entregado a la fatalidad y el destino, aparece como la conciencia lúcida, la marca esencial humana, de un decir sí a la inevitable derrota de la muerte.

El puesto central del hombre en su narrativa se prolonga en la visión que Cela tiene del mundo, que solo puede entenderse en relación al hombre, pues es un ser mundano que “pasea su propio espejo” (p. 345) frente al mundo. El perspectivismo presente en este planteamiento hace de cada hombre una lente interpretadora del mundo, y más aún lo hace del escritor, cuya vocación le impele a un compromiso moral con misión educadora para

Sección Bibliográfica

formar conciencias lúcidas que “ayuden a las gentes a resistir” (p. 370). La resistencia, en aras de la autenticidad, se hace necesaria ante la visión trágica que Cela tiene del hombre. Ese pasearse por el escenario del mundo reflejando la propia imagen, a caballo entre sus dos ingredientes, naturaleza y cultura, es, la más de las veces, una factoría de espectros, no de realidades. El hombre asiste al mundo entre el dolor y el escepticismo y se purga en ficciones de esperanza, como la ciencia, las instituciones, la familia, o reinterpreta las necesidades de la naturaleza para amordazarlas según férreos esquemas morales. En referencia a esto son muy esclarecedoras las páginas que Vilaplana dedica a la visión de Cela del sexo, el amor, la familia y la amistad como realidades radicadas en el mundo humano. Como ya se ha observado, la actitud existencial en la que el Cela autor y el Cela hombre se reconocen es la figura del vagabundo, imagen poderosa en la que el escritor se instala para asistir al escenario del mundo. El vagabundo representa el ideal existencial, la actitud que nos salva de la farsa social y conjuga, con autenticidad e incluso ternura, las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. Reconocemos aquí también ecos de Diderot, que imaginaba al hombre como el escenario de un conflicto interior incesante de su modo de ser más propio, el hombre natural, que lucha por desprenderse del hombre convencional y exterior, diseñado por la civilización¹.

El esfuerzo de interpretación argumentada que el autor realiza sobre el esquivo contenido del pensamiento de Cela culmina en la noción de Dios, voz que aparece en múltiples ocasiones en su obra y que es, sin duda, de los tres núcleos temáticos, Hombre, Mundo y Dios, el que con más imprecisión y ambigüedad se muestra, y frente al que Vilaplana debe afinar más su olfato para trazar un sendero de significado y coherencia en un abigarrado muestrario de voces. En el conflicto Cela-Dios, el autor acompaña a Cela en la incierta búsqueda de los ecos de Dios en este mundo turbio y caótico. Consciente de la agónica necesidad de respuestas para conjurar la soledad y el

1 Berlin, I. (2019) *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona, Ediciones Península, p. 271.

dolor por parte del Nobel, Vilaplana disecciona con detalle quirúrgico la llamada a Dios en la narrativa de Cela. Es de resaltar que abordar el problema de Dios toma en el estudio que nos ocupa un tono más acusado, si cabe, de exploración temática fundacional, de soledad bibliográfica y personal ante una cuestión, la de Dios, que ha sido mal comprendida a juicio de Vilaplana, bien porque ha permanecido envuelta en ropajes de anticlericalismo o en prejuiciosos dictámenes de ateísmo, bien porque el propio Cela jugó a la confusión, celoso de su intimidad y de mostrar la vulnerabilidad que la imagen auténtica de sí mismo, insegura, torpe, desesperanzada y en duda permanente, expondría ante los demás. Que Cela piensa en Dios y lo integra en su cosmovisión queda patente en el análisis que realiza el autor; pero también que el rastreo teológico en la obra de Cela se envuelve en múltiples dificultades de interpretación, de las que no es la menor la doble entrada a Dios según se lo conciba en el terreno personal o emocional, es decir, religioso, o desde una actitud intelectual o teórica, es decir, metafísica. El gozne de estas dos visiones es meticulosamente explorado por el autor para aportar comprensión a la pugna de Cela con Dios, conflicto que no desaparece porque la duda triunfa, porque no podemos acceder a Él. A pesar de esto, el autor quiere componer desde los textos celianos una representación de Dios reconocible y confluyente con las imágenes teológicas que la cultura occidental ha proporcionado. Sin embargo, Dios es más para Cela una carencia que una afirmación, una nostalgia que una presencia. A veces es una duda esperanzada, palpable en *Madera de Boj*, de ecos platónicos, pues bien podría llamarse Dios lo que “se vislumbra, a modo de nostalgia, [como] ley rectora del ritmo y la armonía latente bajo ese aparente caos que es la vida y el mundo” (p. 401); pero también, la más de las veces, es una duda invencible, en la que se muestra el Cela más íntimamente angustiado y necesitado de comunicación, como en *Pabellón de reposo*. La pugna de Vilaplana con la noción de Dios, que él trae a la primera línea del pensamiento de Cela, y de ahí su audacia intelectual, se nos presenta como el intento de trazar un sendero en un tupido e intrincado ramaje que se resiste a entregar su secreto. La duda vence. El objetivo no podrá lograrse porque

Sección Bibliográfica

Cela no estará dotado para la trascendencia, “anclando su existencia al horizonte de la finitud, al intramundo” (p. 407). El consuelo no llegará a pesar de buscar la voz de Dios, sin llegar a escucharla.

La intensidad del estudio de Vilaplana cobra nuevos bríos al final del libro, cuando la disección de la narrativa de Cela en busca de su pensamiento ha dado ya sus frutos. Aún así, el autor cree necesario explicitar hasta donde sea posible la afinidad en la íntima perplejidad y en la vital necesidad de respuestas compartida por el Nobel con grandes hombres del pensamiento con los que pudiera entrar en un fértil coloquio. Diseminados en diferentes etapas de la historia de la filosofía, esos autores, más allá de las circunstancias históricas, se encuentran con Cela y en su obra como un movimiento del espíritu que sobrevuela el tiempo en busca de la verdad, la verdad humana, existencial, la que siempre vuelve cuando parece haberse ido a poco que el hombre se enfrente al sentido de su vida y la inevitabilidad de la muerte. En todos ellos, en mayor o menor medida, se da el íntimo vínculo entre autor y obra, clave interpretativa que preside este libro y que, como ya se ha apuntado, supone entender la obra como un vertido del temperamento, el carácter y la conciencia del autor, conciencia anhelante de verdad y que quiere superar la duda. Por eso es posible este coloquio, que reúne a la mesa pensadores desde épocas tan dispares como la Grecia clásica o el S.XIX alemán. En este apartado Vilaplana nos ofrece un estimulante ramillete de exploraciones intelectuales que acompañan a Cela en su denodada búsqueda de la verdad y en el que el trazado de geografías mentales y sensibilidades afines es notable; y el escepticismo, el irracionalismo, la nostalgia de un orden cósmico, la visión trágica del hombre, a la par que esperanzada, de Cela, a pesar de su absoluta independencia como creador, se encuentran con eminentes compañeros de viaje: Horacio, Séneca, Cicerón, Posidonio, Pascal, Unamuno, Kierkegaard, Schopenhauer. Vilaplana va abriendo sendas a lo largo de este bosque selvático, inexplorado, para ofrecer al lector en un último y soberbio esfuerzo de análisis y síntesis las claves de la narrativa de Cela como respuesta y terapia al mismo tiempo del hondo conflicto de la persona Cela consigo mismo y con el mundo. Este coloquio,

incompleto y posiblemente interminable, se nos ofrece como estímulo y punto y seguido para continuar la búsqueda con ese afán obsesivo del hombre de ideas de comprender y establecer puentes de significado en los movimientos del espíritu y en los dramas personales que están en el germen de la obra literaria.

El resultado de este ambicioso y apasionado estudio sobre el pensamiento de Cela no es solo, como expresa su autor en el Preámbulo, “la imagen que yo mismo he producido del autor, es decir, la identidad con la que el autor a mí se me muestra y que yo configuro” (p.13). Aquí me permito el lujo de la discrepancia. Aunque es cierto que la visión de la persona y la obra de Cela que se nos ofrece brota de un intenso y personal pulso interpretativo, como si el autor quisiera decirnos: “este es mi Cela”, el resultado final hace saltar esas costuras porque el lector, conocedor o no de la obra del escritor gallego, hallará tanta riqueza de matices, tantos caminos abiertos, tantas referencias contextualizadoras, tantas ocasiones para revisar y completar la idea que tenemos del Cela escritor y del Cela persona, que percibirá este libro como una aportación necesaria, valiosa y original al conocimiento compartido de nuestro último premio Nobel que, por cierto, podrá compensar de algún modo la estigmatización mediática que la persona y la obra de Cela vienen padeciendo, según denuncia el autor en el Preámbulo. Y la dificultad para lograrlo ha sido de un gran calibre. Descifrar y sacar a flote el pensamiento de Cela y exponerlo en forma de coherencia y continuidad ha debido hacerse superando los obstáculos de interpretación que el propio escritor plasma en su obra. A la singularidad y variedad estilística y formal hay que sumar el gusto de ocultarse del escritor gallego, como la naturaleza de Heráclito, celoso de sus más íntimas oquedades y su convicción en la esencial incomunicación humana, que “viene a desalentar a cualquiera que pretenda entender la obra, en cualquier modalidad, o a la persona que late en su interior” (p. 411). Esta reserva de Cela puede que sea el contrapunto a su sobreexposición en su obra, pues todo lo que escribe comienza y termina en él. El problema para Cela es él mismo; esto ha quedado claramente manifestado en el libro, e incrementa la dificultad de

explicitación de sus ideas porque, como insiste Vilaplana, “personalidad, biografía y pensamiento forman un *continuum*” (p. 460) en su obra. Y es esta inseparabilidad la que impide aflorar territorios neutros y de clara objetividad de Cela respecto a su tiempo y sus circunstancias, territorios que harían más accesible y delimitada la temática celiana para cualquier investigador de su obra. Pero entonces no sería la obra del Nobel, no asistiríamos al *caso Cela*, como con perspicacia gusta señalar a Vilaplana. La singularidad de Cela es la esencial y deliberada autorreferencialidad de obra y pensamiento, lo cual puede llevar a considerar su variadísima obra narrativa como una sola novela y a los múltiples personajes como un único personaje. Y de ese tronco común se expanden un sinnúmero de ramas y floraciones que, a juicio del autor, son la expresión de la titánica voluntad de Cela de autoafirmarse, de la innegociable y angustiosa búsqueda de un sentido vital y, a la vez, de la aparición ante el teatro de las vanidades sociales, también de su gusto, como un triunfador, que íntimamente sabía que no lo era.

El *caso Cela* y la personal profundización que este libro ofrece es un magnífico ejemplo de un tipo de ensayo particularmente desatendido por filósofos e historiadores de las ideas. Una clase de ensayo que podría considerarse como un subgénero. Se trata, en suma, de la puesta en claro de modo significativo y hasta donde la coherencia y la articulación sean posibles, del pensamiento contenido en las obras literarias de los grandes creadores. Y Cela es uno de ellos. Todo gran creador literario contiene en su obra una visión totalizadora del hombre y su puesto en el mundo y la historia, así como una actitud ante la frontera de la muerte y la existencia del mal y el dolor. Bien es cierto que este pensamiento, plasmado en intuiciones y, a menudo, en concepciones preconscientes e inconscientes, puede que no esté explicitado ni suficientemente elaborado al gusto del *logos* filosófico. Pero, qué duda cabe, brota del mismo palpito de alcanzar verdades consistentes e, incluso, cosmovisiones por las que se pasean un sinfín de personajes insertados en relatos y acontecimientos vivificadores. Pero para llegar a *poseer* las germinales ideas del autor o, al menos, a dar medida auténtica del significado de las cuestiones esenciales que aborda en su obra,

Sección Bibliográfica

hace falta verse concernido, casi diríamos invocado, por esa misma obra y los rasgos de la personalidad del autor. La percepción de esta exigencia, de este singular vínculo entre el investigador y el creador literario es uno de los valores más notables de este apasionado a la par que disciplinado ensayo. Prueba de ello es que durante su lectura le asalta al lector en no pocas ocasiones, y con más frecuencia conforme vamos consumiendo páginas, la intensa curiosidad de conocer qué pensaría Cela de esta sinóptica visión de su vida-obra, con el inmenso y riquísimo caudal de intuiciones, interpretaciones y penetración existencial y temática que José Domingo Vilaplana nos ofrece en una prosa luminosa, de primer nivel. Y además está la sensación de cercanía sin rastro de condescendencia que deja la lectura del libro, de rondar los mismos territorios el autor y el escritor gallego, que hace posible este desvelamiento de las claves de su obra, deudor de una íntima y personal afinidad. Fiel, quizá, a su gusto por el fingimiento, no nos dejaría Cela conocer su auténtico sentir sobre este trabajo. Con gesto impertérrito asistiría a esta indagación de los más auténticos latidos de su escritura dejando traslucir sutiles gestos de escepticismo; pero también, a buen seguro, brotes de una sincera ternura. La de quien se siente comprendido.

Luis Arroyo Bermejo
filoangulo@gmail.com